

La pieza del mes. 31 de mayo de 2014

Museo Arqueológico Municipal de Jerez / Asociación de Amigos del Museo

El casco griego del Guadalete

Dña. Paloma Cabera Bonet
Museo Arqueológico Nacional



El casco griego del Guadalete

En 1938, entre la maleza de la orilla izquierda del río Guadalete, en un meandro entre la Corta y El Portal, se halló un casco griego de bronce. El entonces director del Museo de Jerez, D. Manuel Esteve, tuvo el acierto de reconocer desde el primer momento el interés de esta pieza, lo identificó como un casco griego arcaico del siglo VI a. C., y lo adquirió para la colección municipal (Fig.1).

Es un casco elaborado a partir de un único núcleo metálico de bronce batido a martillo, con un grosor de las paredes muy uniforme. Es más alto que ancho, con la calota redondeada y las paredes verticales. La línea superior e inferior de los ojos es por igual recta y muy abierta. La parte protectora de la nuca cae marcadamente en vertical, casi ajena a la ondulación de la cabeza, salvo una breve curva que se insinúa ya en su remate. Su borde inferior forma una línea recta que apoya plenamente sobre el suelo. Está rodeado por una línea de perforaciones a las que iría cosido un forro protector de cuero que dulcificará la aspereza del metal y amortiguará a su portador el impacto de los eventuales golpes. Presenta restos de tres grapas de bronce, una en la nuca, en el plano Sagital, y dos en la parte superior, a ambos lados del mismo, que han sido interpretadas como sujeción de la cimera.

El casco se encuentra prácticamente completo, a falta de la espiga nasal. Presenta una perforación



Fig. 1 - Casco griego del Guadalete. Museo Arqueológico Municipal de Jerez

en la parte izquierda de la frente y una grieta que corre desde aquí hasta el orificio ocular del mismo lado. En algunas zonas de la base la chapa de bronce se ha roto aprovechando la debilidad debida a las perforaciones, que han quedado abiertas.

Evolución del casco corintio

El casco es sin lugar a dudas una de los elementos más importantes de la panoplia del hoplita griego y un signo inequívoco de la falange griega (Fig. 2). Está llamado no sólo a garantizar la protección de la cabeza del guerrero sino a convertirse en uno de los elementos más visibles de la panoplia, al estar en ocasiones coronado por un pe-



Fig. 2 - Hoplitas con cascos corintios. Lécyto ático de figuras negras (520-510 a.C.). MAN

nacho, siendo así rápidamente identificable en el campo de batalla.

Aunque la antigua Grecia conocerá una gran variedad de tipos de cascos, será sin embargo el casco corintio, originario del Peloponeso, el que goce de mayor celebridad y longevidad, pues será utilizado de manera regular desde fines del siglo VIII a.C. hasta comienzos del siglo V a.C., cuando al evolucionar las técnicas de combate se prefieran otros cascos más operativos.

Los investigadores, especialmente Kukahn, Snodgrass y Pflug, han establecido varias fases de desarrollo del casco corintio, que podemos sintetizar en tres grandes grupos:

Periodo I - Al principio el casco tiene un dibujo rígido y duro (Fig. 3). Es más alto que profundo.



Fig. 3 - Casco corintio del periodo I. Olimpia

La bóveda craneana forma un todo continuo con la parte posterior y la lateral. La espiga nasal cae casi vertical, lo mismo que las paredes laterales y el borde vertical de las paragnátides. La línea de la nuca también tiene una porción recta y solo se revuelve en la pequeña curva del borde. El eje de los ojos queda situado en la mitad inferior de la altura total. El borde inferior del casco tiene un trazado enteramente horizontal. Todos carecen de decoración. En el paso del s. VIII al VII a.C., empieza a superarse esta forma rígida o de olla. Presentan por primera vez unas escotaduras laterales en el borde inferior, el redondeo de la parte posterior de la cabeza, pero comienza a percibirse una curva para modelar la zona occipital, y el borde de la nuca se proyecta horizontalmente hacia atrás. Esta fase se fecha desde fines del siglo VIII a.C. hasta el 650 a.C.

Periodo II - El siguiente paso consiste en el trazado en forma de curva de todo el perfil del casco (Fig. 4). El perfil posterior se va haciendo cada vez más curvo, llegando a formar un verdadero arco cóncavo sobre la nuca. Lateralmente empieza la separación entre la bóveda del cráneo, cada vez más abultada, y las paredes laterales. La altura del casco cede a la profundidad. Los bordes anteriores de las paragnátides, ya proyectados



Fig. 4 - Casco corintio del periodo II. Olimpia

hacia delante, empiezan a curvarse. Los ojos son muy abiertos con el borde superior redondo. El borde inferior del casco ya no es recto, pues presenta una escotadura cada vez más marcada. La espiga nasal se proyecta fuertemente hacia delante. Son piezas más fuertes, reforzadas en los bordes, sobre todo en los ojos y pieza nasal. Aparece la decoración a buril de líneas que subrayan las aberturas de los ojos y de la boca y palmetas frontales. La evolución última de esta serie consiste a lo largo del siglo VI a.C. en alejar el casco del contacto con el cráneo, lo que se obtiene acentuando la carena aparecida a media altura de la calota. Este estadio se fecha entre 650 y 530 a.C.

Periodo III – El ligero abombamiento en la zona lateral (Fig. 5) conduce a la acentuación típica de la carena que observamos en los ejemplares más desarrollados, como los figurados en el friso del Tesoro de Sifnios en Delfos fechado entre el 530-525 a.C. El borde inferior del casco presenta una curvatura marcada y una escotadura muy pronunciada, y las paragnátides se alargan. Esta fase se fecha entre 530 y 480 a.C.



Fig. 5 - Casco corintio del periodo III. Atenas

Cronología del casco del Guadalete

En el casco de Jerez la parte protectora de la nuca cae aún marcadamente en vertical, casi ajena a la ondulación de la cabeza, salvo una breve curva que se insinúa ya en su remate. Su borde inferior forma una línea recta que apoya plenamente sobre el suelo. La forma simétrica de los contornos superior e inferior de los ojos es signo también de antigüedad. Las paragnátides son rectas y no se proyectan hacia delante. No estuvo reforzado el nasal como en los ejemplares más avanzados. Kukahn lo incluyó en su grupo III y lo fechó en el 625 a.C. Más tarde, Snodgrass, Shef-

ton y Pflug adelantaron su datación al primer cuarto del siglo VII a.C.

La identidad del poseedor

¿Cómo explicar la presencia de un casco griego tan antiguo, de comienzos del siglo VII a.C. en el sur de la Península Ibérica? ¿Quién lo utilizó y, sobre todo, quién lo inutilizó realizando una perforación en la calota y, posiblemente, doblando o partiendo la espiga nasal? ¿En qué circunstancias acabó el casco en el río Guadalete, un contexto fluvial que se repite para los otros dos cascos corintios hallados en la Península Ibérica, en la región tartésica, el de la Ría de Huelva y el de Sanlúcar de Barrameda?

Los cascos griegos fueron fabricados en Grecia para el uso de las falanges políticas, de los soldados-ciudadanos de las poleis helénicas. La forma más habitual de encontrarlos es en los santuarios panhelénicos, particularmente Delfos y Olimpia (Fig. 6), donde se cuentan por centenares y donde se depositaban como ofrendas, tal y como atestigua la epigrafía grabada sobre los mismos y las

huellas de inutilización que han sufrido. Más raramente se hallan en tumbas de la propia Grecia.

Pero los cascos corintios también han aparecido en algunas tumbas de los Balcanes y de Macedonia, en sepulturas etruscas, y en una tumba de la necrópolis fenicia de S. Antioco, en Cerdeña, lo que indica que, además de los griegos y los etruscos, también los fenicios los utilizaron.

La posibilidad de que los cascos griegos pertenecieran a marinos o mercenarios griegos es la que, hasta ahora, se ha manejado con más frecuencia, aunque definitivamente debemos desterrar su asociación, como propusieron Pemán y García Bellido, con Coleo de Samos, el navegante griego que, según Heródoto, abrió las riquezas de Tartessos al comercio griego, pues su viaje se relaciona con la fundación de Cirene y se data en torno al 630 a.C., un momento muy posterior a la fecha de fabricación del casco y, posiblemente, a la de su deposición en el río Guadalete.

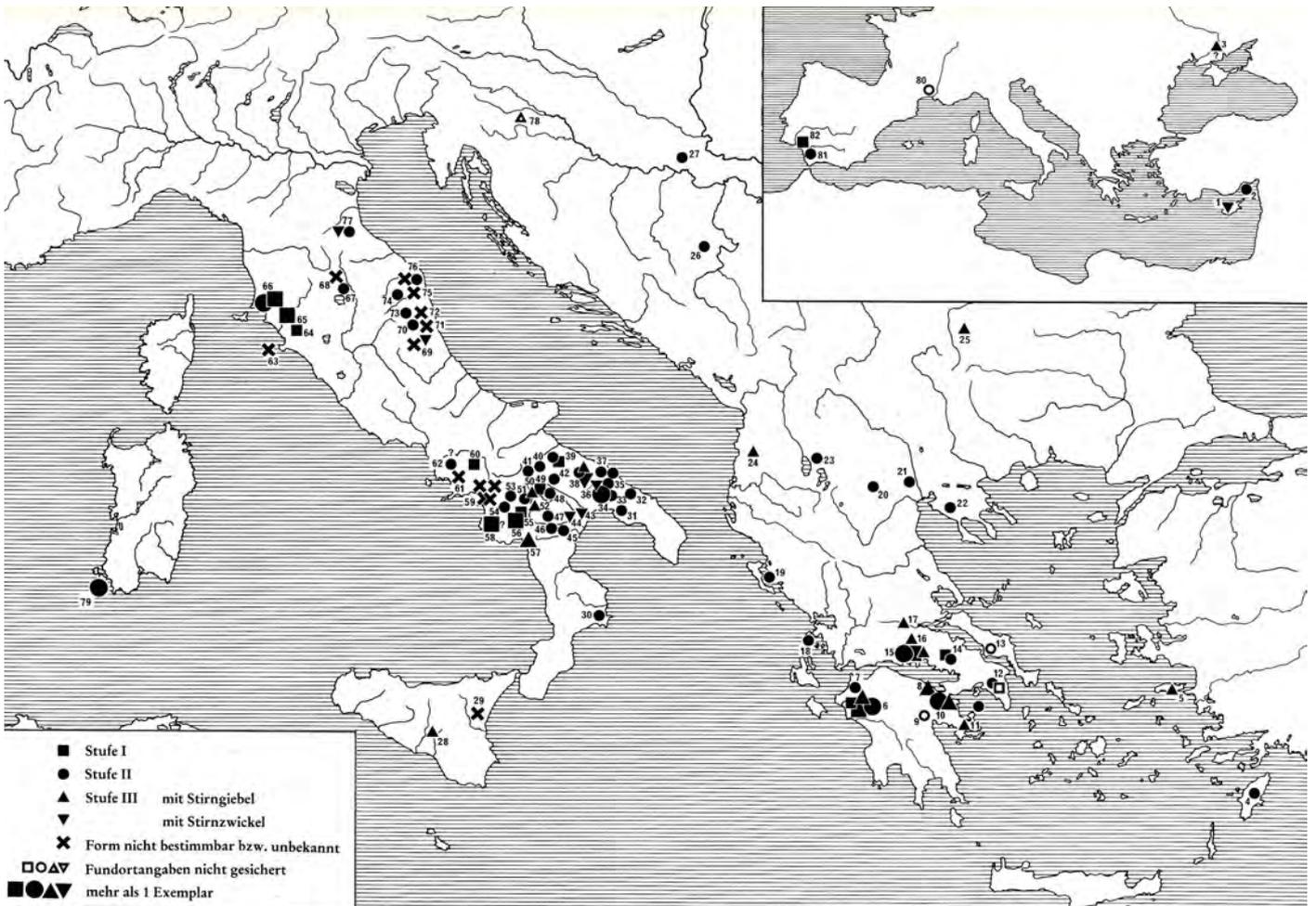


Fig. 6 - Distribución de los cascos corintios en el Mediterráneo (según Pflug 1988)

Presencia de importaciones griegas en Tartessos

Los fenicios habían iniciado sus navegaciones a larga distancia en el siglo X a.C. en busca de materias primas para satisfacer la demanda de las emergentes sociedades orientales al inicio del primer milenio a.C. Los recientes hallazgos realizados en los vacíos de la ciudad tartésica de Huelva -cerámicas orientales, vasos de origen villanoviano y sardo, y algunas cerámicas eubeas y áticas datadas entre 850 y 760 a.C.- sugieren la presencia de navegantes y comerciantes fenicios en Huelva desde, al menos, el siglo IX a.C. Esta situación de exploración y primeros contactos con las poblaciones indígenas puede haber funcionado durante una o dos generaciones antes de que se produjese un cambio trascendental, la fundación de *Gadir*, a fines del siglo IX a.C. o comienzos del VIII a.C., y de las factorías comerciales fenicias de la costa mediterránea española.

Durante la segunda mitad del siglo VIII a.C. y primeros años del siglo VII a.C. (Fig. 7) aumentan las importaciones griegas en el sur de la



Fig. 8 - Cuenco eubeo (750-720 a.C.) de Huelva

Sabemos que existió una conexión comercial muy estrecha entre los centros fenicios del Mediterráneo central. Sulcis y Cartago especialmente, y occidental con la colonia griega de Pithecusa, junto a Nápoles, fundada en el 760 a.C.. Esta conjunción de intereses en el Mediterráneo central ha inducido a pensar en ella como área de abastecimiento de los fenicios de productos griegos que luego transportarían al Extremo Occidente, zona hasta ahora considerada para estas fechas como una exclusividad fenicia. Pero hoy en día, y a la luz de los últimos hallazgos de Huelva, no se puede descartar la posibilidad de una presencia efectiva eubea durante el siglo VIII a.C. y comienzos

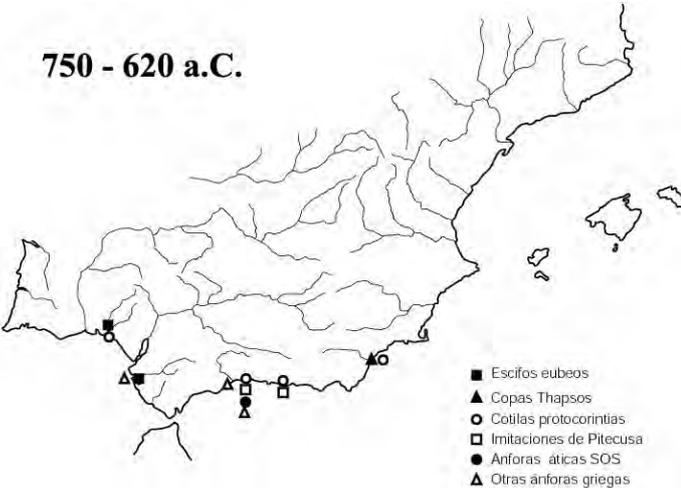


Fig. 7 - Distribución de las importaciones griegas de los siglos VIII y VII a.C. en la Península Ibérica

Península, en Huelva especialmente, pero también se documentan en el Castillo de Doña Blanca, en las factorías fenicias de la costa malagueña y granadina y en Guardamar del Segura, en Alicante: escifos eubeos de dos pájaros (Fig. 8), cotilas EPC, una copa Thapsos, ánforas con barniz negro (Fig. 9), ánforas corintias, y ánforas áticas SOS. Todos ellos son tipos cerámicos que aparecen concentradas con intensidad en Cartago, en el área tirrénica, en Sicilia y en Cerdeña.



Fig. 9 - Ánfora eubea de tipo SOS (720-680 a.C.) de Guadalhorce, Málaga

del VII a.C. en Tartessos, cuya riqueza en metales sería conocida desde tiempo antes en el Mediterráneo central y oriental. Los eubeos, ya activos en Cerdeña, Sicilia y en Italia, no tendrían grandes dificultades para extender sus navegaciones hasta las puertas del Atlántico y acudir a los centros indígenas, frecuentados también por los fenicios.

El panorama cambiará a partir de fines del siglo VII a.C., pues el comercio de productos griegos será protagonizado por los navegantes foceos, hecho confirmado por los hallazgos arqueológicos y por las fuentes escritas, principalmente Herodoto. Pero esta es otra historia que desborda el marco del problema planteado respecto al casco del Guadalete, de cronología muy anterior a la documentada presencia focea.

El casco, como vimos, se fecha en las primeras décadas del siglo VII a.C., momento en el que se puede aceptar la presencia de navegantes griegos en el sur, tal y como la documentación arqueológica puede sugerir. A pesar de ello, no podemos asegurar ni que fuera un griego quien lo trajera hasta el área de *Gadir* y del estuario del Guadalete, ni tampoco que fuera un griego quien lo depositara en las aguas del río.

La deposición fluvial

Hoy es difícil imaginar -como se hizo en los años treinta- que los cascos peninsulares ocultan el desenlace fatal de un guerrero griego -o de un mercenario indígena, vestido a la griega- que perdiera la vida al atravesar desgraciadamente un río. Hoy se piensa, a partir de los novedosos trabajos de M. Ruiz Gálvez y de Graells y Lorrio, que estos cascos pueden integrarse en la enraizada costumbre de depositar armas en las aguas, rito muy frecuente en el área centro-europea y céltica, y en la costa atlántica peninsular durante el Bronce Final, a la que se ha adscrito el conocido conjunto de armas de la Ría de Huelva. Los objetos son ofrendas sagradas, exvotos, lo que implica una voluntaria desaparición del objeto y la imposibilidad de su recuperación, que queda subrayada por el procedimiento de la inutilización. En el siglo VII a.C. esa tradición de ofrendar armas y objetos valiosos en los ríos se mantiene, tal y como sugiere la espada de tipo Sa Id-da de Alcalá del Río dragada en el Guadalquivir.

Pero, ¿quién realizó la ofrenda? Pudo hacerla un marino griego, quizás como diezmo de las ganancias obtenidas, a la divinidad del mar que le acogió y propició las relaciones de intercambio, o pudo materializar algún pacto de hospitalidad con las poblaciones indígenas, bajo la protección de una divinidad y un culto común que alcanzaría su máximo desarrollo con la aparición de los santuarios costeros que se ubican, precisamente, en las proximidades de las desembocaduras de los ríos en los que se han hallado cascos.

Sin embargo, la presencia de cascos corintios en tumbas fenicias, como es el caso de Cerdeña, obliga a plantear la posibilidad de que fueran utilizados por los fenicios. Argumento a favor es el ambiente primordialmente fenicio que se constata en la costa andaluza durante los siglos VIII, VII y VI a.C., particularmente en la zona de la desembocadura del Guadalete, en la Bahía de Cádiz. Por otra parte, el hábito de arrojar objetos al agua con carácter cultural sí está atestiguado en el mundo fenicio occidental si se acepta como tal el hallazgo de las figuras de divinidades masculinas en la Barra de Huelva o en Sancti Petri.

Queda, por último, la posibilidad de que los cascos griegos fueran utilizados por la población indígena, posibilidad ya apuntada por R. Olmos. De ser así, nada tendría de extraño que fueran arrojados a las aguas en consonancia con lo que se venía haciendo en la península desde, al menos, el siglo X a.C.

Múltiples hipótesis de interpretación se nos han abierto y, hoy por hoy, ninguna de ellas es descartable. El casco griego hallado en el río Guadalete pudo haber sido traído y utilizado por fenicios o griegos. Fue sin duda depositado como ofrenda en el río, pero no podemos decir por quién, griego, fenicio o tartésico, quizás para propiciar a las divinidades protectoras del comercio, para sellar pactos de hospitalidad entre unos y otros, pactos que facilitan e institucionalizan el intercambio comercial entre sociedades diferentes.

Paloma Cabrera Bonet

DESCRIPCIÓN

Está elaborado a partir de un único núcleo metálico de bronce batido a martillo. Es más alto que ancho, con la calota redondeada y las paredes verticales. La línea superior e inferior de los ojos es por igual recta y muy abierta. La parte protectora de la nuca cae marcadamente en vertical, casi ajena a la ondulación de la cabeza, salvo una breve curva que se insinúa ya en su remate. Su borde inferior forma una línea recta que apoya plenamente sobre el suelo. Debió poseer cimera, a juzgar por la anilla conservada en la zona superior. Todo el borde está rodeado por una línea de perforaciones a las que iría cosido un forro protector de cuero.

Dimensiones

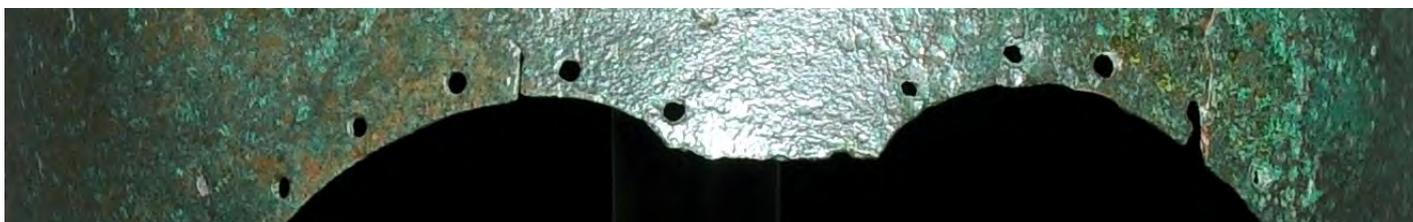
Altura: 22,5 cm. Anchura: 16,5 cm. Diámetro máximo: 22 cm.

Cronología

Protohistoria. Primer cuarto del siglo VII a. C.

Procedencia

Río Guadalete. Jerez de la Frontera. Cádiz.



Bibliografía

CABRERA, P. (2003): "Cerámicas griegas y comercio fenicio en el Mediterráneo occidental", en *Contactos en el extremo de la oikoumene. Los griegos en Occidente y sus relaciones con los fenicios*. XVII Jornadas de Arqueología Fenicio-Punica, Museu Arqueologic d'Eivissa i Formentera (noviembre 2002), Eivissa, 61-86.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2013): "Fenicios y griegos en el Mediterráneo occidental en el s. VIII a.C.", A.M. Arruda (ed.), *Fenicios e púnicos, por terra e mar*, vol. I. Lisboa, 419-427.

ESTEVE, M. (1939): "El casco griego de Jerez", *Ayer* (Diario de Jerez, 6 de octubre).

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1948): *Hispania Graeca*. Madrid.

GRAELLS, R. Y LORRIO, A. J. (2013): "Helmets in the waters of the Iberian Peninsula: ritual practices and data for discussion", en M. Egg, A. Naso y R. Rollinger (eds.), *Waffen für die Götter. Waffenweihungen in Archäologie und Geschichte*, Innsbruck 6.-8. März, en prensa.

JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*, Biblioteca Archeologica Hispana 16, Real Academia de la Historia, Madrid.

KUKAHN, E. (1936): *Der griechische Helm*. Berlín.

OLMOS, R. (1988): "El casco griego de Huelva", *Clásicos de la Arqueología de Huelva* 1, Huelva, 39-79.

PEMÁN, C. (1938): *El casco griego del Guadalete y recapitulación de testimonios sobre la presencia de griegos en Andalucía en los siglos VI-VI a.C.*, Cádiz.

PEMÁN, C. (1940): "Sobre el casco griego del Guadalete", *Archivo Español de Arqueología* XIV, 407-414.

PFLUG, H. (1988): *Antike Helme. Handbuch mit Katalog* (Monogr. RGZM, 14), Mainz.

RUIZ-GÁLVEZ, M. (ed.) (1995): *Ritos de paso y puntos de paso*, Madrid.

SHEFTON, B. B. (1982): "Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula. The Archeological Evidence". *Phönizer im Westen. Madrider Beiträge* 8, Maguncia, 337-370.

SNODGRASS, A. (1964): *Early Greek Armour and Weapons*. Edinburgh University Press.